

reclamó el condado de Alost, disponiéndose a tomarlo a viva fuerza si no se lo daban de grado; negóse la España, confiada en la liga que tenía con Suecia, Holanda y el Imperio, pero tuvo que sostener sola el choque por indiferencia inexplicable de sus aliadas, cuya causa había servido lealmente hasta la fecha y era el origen de todas sus desgracias; invadió Luis aquel condado y el territorio de Gante, y con el objeto de justificar su conducta, provocó riñas entre los destacamentos fronterizos, declaró que España había roto las hostilidades, envió un ejército contra Courtrai y se apoderó de Dixmude. Un ejército francés, al mando del general Belfons, invadió a Cataluña y atacó a Gerona; pero la heroica guarnición, apoyada por el paisanaje armado, rechazó todos los asaltos e hizo tal estrago en las filas de los sitiadores, que los obligó a ponerse en vergonzosa fuga. Otro ejército sitió la plaza de Luxemburgo, en Flandes; encerróse en ella el príncipe de Chimay, resuelto a perecer bajo sus ruinas; combatióla Vauban, montando contra las murallas tres baterías de 37 cañones y dos morteros, y al cabo de veinticinco días de trinchera abierta, firmóse la capitulación, saliendo por la brecha los restos de la guarnición con todos los honores de la gue-

auxiliándoles para que acometiésen las plazas españolas. Con 20.000 caballos y 6 0 camellos se pusieron los de Mequinez sobre la plaza de Orán, y, a pesar de las descargas de metralla que recibían a cuerpo descubierto, llegaron hasta el foso. Sólo después de perdidos 4.000 de su gente, se retiraron desbandados.» EL MISMO, *id.*, 1692-1693.

«No descuidaba esta potencia (Francia) el facilitar cada año nuevos auxilios a los moros, de suerte que pusieron sitio a las plazas de Ceuta y de Melilla; pero encontraron en ellas gobernadores dignos de los puestos que ocupaban.» EL MISMO, *idem*, 1694-1696

¿Va comprendiendo el lector el juego de Marruecos?

rra. Abandonada España por sus aliadas, concertó una tregua de veinte años con Francia. Sin embargo, ardiendo Luis en deseos de nuevas empresas, bajo pretextos indignos de un gran rey, declaró la guerra a Génova, república que reconocía el protectorado de España, y envió a Duquesne con una poderosa escuadra a bombardear la ciudad. Guiados los genoveses por el intrépido Doria, rechazaron el ataque; pero, desgraciadamente, no pudieron evitar la destrucción de gran parte de la ciudad, sobre la que cayeron más de trece mil bombas.

Intentó España mover a Inglaterra, representándola el peligro que corría con la formación de una formidable potencia continental y marítima; pero el embajador español no obtuvo en Londres más que respuestas vagas y evasivas. Otro tanto sucedió con la Holanda, temerosa del gran poder de Francia. El Imperio, aunque siempre dispuesto a combatir a su rival, tenía las manos atadas con la guerra de Hungría, donde el duque de Lorena acababa de reconquistar a Buda, peleando contra los turcos. Francia se mostraba cada vez más arrogante y ceñuda con España y le movía reyertas por los incidentes más leves (1). Al fin, el 3 de Diciembre de 1688, después de hacer en las fronteras de su reino in-

(1) «En cumplimiento de los reglamentos de hacienda habían sido presos y castigados dentro de las fronteras de España algunos contrabandistas franceses que querían vender por entonces a escondidas lo que antes públicamente; al momento Luis XIV hizo reclamar su libertad y la devolución de lo que les había sido confiscado, satisfacción extraña y degradante que le fué negada. Entonces la escuadra francesa, poniendo en uso de potencia a potencia unos procedimientos hasta entonces sólo conocidos en la piratería, se presentó delante de Cádiz, apresó dos galeones y amenazando con el bombardeo, exigió de la ciudad medio millón de escudos para indemnizar a aquellos contrabandistas.»—ORTIZ DE LA VEGA, *Carlos II*.

mentos preparativos para sostener una guerra contra toda Europa, declaró Luis XIV la guerra a Holanda. Esta fué la señal para que todos los ejércitos se pusieran en movimiento. Inglaterra y el Imperio declararon la guerra a Francia. Luis XIV pidió en Marzo a España explicaciones sobre la movilización de tropas en Cataluña, y no habiéndolas obtenido, se rompió la tregua. La lucha en el Rosellón y en el principado fué desastrosa para España. Una flota francesa arrojó ochocientas bombas sobre Barcelona y arruinó más de cien casas; luego, siguiendo la costa, hizo el mismo estrago en Alicante; pero a la vista de una escuadra española, que se acercaba a toda vela dispuesta a embestirla, huyó vergonzosamente. El duque de Noailles, con 30.000 hombres sitió a Gerona, y después de fieros asaltos, se rindió esta plaza. La misma suerte corrió Barcelona, a pesar de la obstinada defensa del príncipe de Darmstadt y del auxilio del virrey Velasco. En América los franceses saquearon a Cartagena de Indias, obligando a los habitantes a entregar su oro, plata y piedras preciosas; ni palacios, ni chozas, ni templos perdonó el invasor; el saco fué general. La paz de Riswik restableció a España todos los territorios perdidos desde la paz de Nimega, excepto unas ochenta aldeas en los Países Bajos, que quedaron agregadas a los territorios franceses de Charlemont y Maubeuge. Después del despojo, Luis XIV se mostró benigno con la España. El rey Carlos II, a quien los agentes de Luis en la corte de Madrid hicieron creer que estaba hechizado, moría prematuramente agobiado de una invencible tristeza, sin dejar sucesión. En torno de su lecho librábanse encarnizados combates diplomáticos entre los embajadores de la Casa de Austria y de Borbón; llegóse a pactar en la Haya del reparto de España, y Carlos tuvo aún fuerzas

para protestar de tan escandaloso Tratado. Ya moribundo, dicese que el rey preguntó por el archiduque de Austria, y que deseó tenerlo a su lado; pero el Emperador no lo envió, y ganó el partido de Francia. El 2 de Octubre de 1700 firmó Carlos el testamento que le presentaron extendido, y por el que nombraba sucesor al duque de Anjou, nieto de Luis XIV y presunto heredero de la corona de Francia, y el 1.º de Noviembre murió a la edad de treinta y nueve años, dejando a la nación extenuada, y puesta en almoneda por franceses, ingleses, holandeses y austriacos, la herencia de una funesta guerra civil.

Se esperaba que el advenimiento de la Casa de Borbón y la alianza con la nación francesa, entonces en la plenitud de su poderío, devolverían a España su pasada prosperidad. Desgraciadamente, no fué así. Alarmado el Imperio del creciente influjo de la Casa de Francia, y temeroso de que Felipe V reuniese las dos grandes coronas de Occidente, concertó una alianza con Inglaterra y Holanda, y ardió de nuevo la guerra en Flandes, el Rhin, la Lorena, el Milanesado, Nápoles y la raya de Portugal. Una flota anglo-holandesa se puso el 23 de Agosto de 1702 a la vista de Cádiz, y desembarcó un ejército a las órdenes del príncipe de Darmstad, cuyos esfuerzos se estrellaron durante todo un mes contra la constancia y el valor de los defensores de la plaza. Reembarcó sus tropas el de Darmstad; pero deseosos ingleses y holandeses de tomar venganza del descalabro, y sabedores de que una flota española procedente de América se había refugiado en el puerto de Vigo, resolvieron apoderarse de ella. Parte de la plata había sido desembarcada y conducida a Lugo, cuando los anglo-holandeses entraron en la bahía y acometieron a las galeras y

a unos navíos franceses, trabando con ellos a tiro de pistola un sangriento combate. Sólo cinco navíos y cuatro galeones destrozados quedaron en poder del vencedor. El resto de la flota, única que restaba a España, fué hundido o entregado a las llamas. Perdieron los anglo-franceses 1.500 hombres; los españoles y franceses, 2.000, y apoderáronse aquéllos de ocho millones. Los marinos españoles sucumbieron con estoicismo admirable, sin pedir cuartel, aferrados a los cañones de sus naves. El capitán de uno de los buques, viéndose perdido, abordó con el del almirante inglés e hizo saltar a los dos.

El rey se apoderó de los millones salvados en Lugo; y aunque en su mayor parte pertenecían a comerciantes de Cádiz y de Vigo, a instancias del embajador francés se remitieron dos millones a Francia, como *indemnización* de lo que habían sufrido los buques de esta potencia en Vigo (1).

El Principado, Valencia y parte de Alicante y

(1) «El oro y la plata que venían de las Indias representaban, no sólo el producto del quinto de la Corona en el laboreo de las minas y el monto de los impuestos, que a veces ascendían al diezmo de las utilidades netas del comercio y de la agricultura, sino principalmente, el valor de las mercaderías que los comerciantes de la Península remitían a los establecimientos de América. Todo este dinero se acumulaba en Veracruz y en Cartagena de Indias, y cuando se reunía una regular cantidad se embarcaba en galeones que ordinariamente se hacían acompañar por barcos de guerra. Estas costosas expediciones muchas veces se perdían a causa de los temporales, o caían en manos, no de piratas vulgares que hubieran sido incapaces de acometer a una armada, sino de corsarios al servicio de un gobierno poderoso y sin escrúpulos, como el inglés. Los comerciantes de Londres costeaban estas expediciones piráticas, como puede verse por este pasaje de la *Historia de Inglaterra*, de Hume: «Salió Drake con cuatro grandes navíos de la reina y veintiseis buques que le confía-

Aragón se declararon por el Archiduque, y a los estragos de la guerra extranjera sumáronse los horrores de la guerra intestina.

En Mayo de 1704, después de una estéril tenta-

ron los comerciantes de Londres, con la esperanza de repartir el botín, y habiéndole informado dos barcos holandeses que encontró al paso que la flota española, ricamente cargada, estaba anclada en Cádiz y pronta a dar la vela para Lisboa, que era el punto de reunión para el armamento proyectado, enderezó el rumbo para el primer puerto, y cayó con tal intrepidez sobre el enemigo, que obligó a seis galeras que le hacían frente a retirarse bajo los castillos; quemó cerca de cien buques cargados de municiones y víveres para la armada, y echó a pique el navío almirante del marqués de Santa Cruz; dió la vela desde allí para el Cabo de San Vicente, y tomó por asalto el castillo construido sobre aquel promontorio y otras tres fortalezas considerables; insultó a la misma Lisboa; pero viendo que los mercaderes que se habían asociado a su expedición con la sola esperanza de lucro murmuraban de todas aquellas empresas militares, tomó el rumbo para las islas Terceras, a fin de sorprender a su paso un rico cargamento que esperaba, y en efecto, tuvo la fortuna de encontrarle». Y este otro pasaje, también de Hume: «En aquel mismo año de 1587, Tomás Cavendish, caballero de la provincia de Devonshire, después de haber disipado su patrimonio por vivir en la corte, formó la resolución de restablecerlo a costa de España, y para ello armó tres naves en el puerto de Plymouth, una de 120 toneladas, otra de 60, y la tercera de 40. Con estos pequeños buques se aventuró en los mares del Sur, e hizo presas considerables entre los españoles: apoderóse de diez y nueve barcos, algunos de los cuales estaban ricamente cargados, y dando la vela hacia el Cabo de Buena Esperanza, volvió a Inglaterra y entró en el Támesis como en triunfo, con sus soldados y marineros vestidos de telas de seda, con las velas de damasco, y tremolando en la gavia una bandera de paño de oro. Se calculó que su presa era la más rica que había entrado jamás en Inglaterra». (Tomo II, XIX.) Más tarde, Carlos I de Inglaterra, privado de subsidios por el Parlamento, y a pesar de que se hallaba en paz con la España, envió a Eduardo Cecil, vizconde de Wimbleton, con una escuadra a saquear los buques anclados en la bahía de Cádiz y sorprender la flota de Indias, empresas que fracasaron

tiva contra Barcelona, la escuadra inglesa, *cuyo almirante tenía órdenes secretas*, se dirigió hacia Gibraltar. Sólo ochenta hombres guarnecían esta importante plaza, descuido imperdonable, pero comprensible en aquella época, en que tan revueltas estaban las cosas de España. La pequeña guarnición resistió con valor; pero se vió obligada a rendirse. El almirante inglés tomó posesión en nombre de Inglaterra y del archiduque, por cuyos intereses luchaban los aliados; la bandera española fué arriada en el peñón, y enarbolóse, en cambio, el pabellón británico, que hace dos siglos guarda la entrada del Estrecho.

Inmediatamente que se supo en Madrid esta noticia, dispuso el rey que se sacasen tropas de Portugal para recuperar la plaza y que la flota de las dos Coronas la acometiese por mar. Acudió una escuadra anglo-holandesa y se libró un combate, que quedó indeciso, en aguas del Estrecho. Los ingleses artillaron y abastecieron abundantemente el peñón, convirtiéndole en una fortaleza inexpugnable, y la escuadra borbónica lo bloqueó en vano durante más de medio año. Al fin, una violenta borrasca disper-

ron por la torpe dirección de aquel comandante. Cromwell, el Protector, no fué más honrado, pues sin respeto a la fe jurada, hallándose en paz con el gabinete de Madrid, envió al Mediterráneo al almirante Blake a esperar la flota que volvía del Río de la Plata, empresa que se frustró. Más tarde, Blake y Montagne unidos apresaron en el Mediterráneo ocho galeones, uno de los cuales llevaba a bordo 1.500.000 duros, que no bastaron, según dice Smollet, para cubrir los enormes gastos de Cromwell. Digamos, sin embargo, en honor de la nación inglesa, que la opinión pública reprobaba estas pirateñas, hasta el punto de que los oficiales de la marina de guerra manifestaron abiertamente que no servirían bajo el mando de hombres manchados con tan degradantes latrocinios, y fué necesario acudir al rigor para vencer su resistencia.

só las naves, y aprovechando la coyuntura, los ingleses se echaron sobre los restos de la flota, apresando cinco buques y destruyendo dos.

La suerte de las armas fué desfavorable a los Borbones hasta el extremo de que Felipe V fué arrojado de la capital del reino, donde entró con gran pompa el archiduque, y Malborough y el príncipe Eugenio derrotaron a 100.000 franceses en Oudenarde. El soberbio Luis XIV imploró la paz; mas como una persistente prosperidad ciega, negáronse los aliados, a menos que se obligase a arrojar por sí mismo a su nieto del trono de España; avergonzóse Luis de su debilidad, hizo un llamamiento al honor del pueblo francés, y aunque el mariscal Villars perdió la batalla de Malplaquet y Felipe fué derrotado por el archiduque en el Colmenar, la fortuna se mudó, el duque de Vendome, al frente del ejército español, alcanzó la victoria de Villaviciosa y afianzó la corona en las sienes de Felipe, y Villars batió a los imperiales en Denain. La guerra, por otra parte, ya no tenía razón de ser, pues el archiduque acababa de ser coronado Emperador en Viena, y apoyando sus pretensiones se corría el riesgo de renovar el Imperio de Carlos V.

La paz se firmó en Utrecht en 1713, habiendo don Felipe renunciado solemnemente a la corona de Francia; pero la guerra continuó en la Península hasta 1714, fecha en que se rindió Barcelona, después de una obstinada resistencia, a las fuerzas unidas de España y Francia que la sitiaban por mar y tierra a las órdenes del duque de Berwick.

La paz de Utrecht fué fatal para la España, que perdió sus últimas posesiones en Flandes, el Milanesado, Nápoles, Cerdeña, Sicilia, Gibraltar y Menorca. Luis XIV, autor de la guerra, obtuvo para su país condiciones incomparablemente menos onero-

sas; pues se comprometió tan sólo a demoler las fortificaciones de Dunkerque y a confirmar a Inglaterra la posesión de Terranova y de la bahía de Hudson, en América. Como siempre, la pobre Cenicienta, la infeliz España, pagaba los platos rotos.

Un italiano, hijo de un jardinero, el cardenal Alberoni, concibió el proyecto, durante el reinado de Felipe V, de cambiar la faz de los negocios en Europa y restablecer a España en su categoría de gran potencia. Alberoni aspiraba a ser el Richelieu de España, y hubiéralo logrado si en torno suyo hubiera encontrado los auxiliares que tuvo aquel genial hombre de Estado. Principió el italiano por impulsar la política de España fuera de la órbita de influencia de Francia, para que no se considerase más a aquélla como satélite de ésta a causa de los vínculos de sangre que ligaban a sus príncipes. Luego, con el objeto de escudar a Italia contra los turcos, equipó una fuerte escuadra, al tiempo que excitaba al sultán a renovar las hostilidades contra el imperio. Alarmadas Francia, Holanda e Inglaterra al sentir que la losa que habían puesto sobre el sepulcro de España crugía y se agitaba con temblores de resurrección, firmaron en 1717 una triple alianza para el sostenimiento del tratado de Utrecht. No se arredró Alberoni, resuelto a hacer frente a tan poderosa coalición; terminó sus aprestos marítimos y ordenó la ocupación de Cerdeña y de Sicilia. El Emperador, viendo que España se proponía reconquistar las provincias que había perdido, suscribió con aquellas potencias el tratado de la cuádruple alianza (2 de Agosto de 1718). Inglaterra, poniendo en práctica su política de violación y despojo, hizo acometer cerca de las costas de Italia, sin previa declaración de guerra, a una escuadra española, que sucumbió al número, ya que no a la intrepidez de

los enemigos. Este acto vandálico afirmó a Alberoni en la idea de que, para que España resurgiera, era necesario destruir aquel poder tiránico que dominaba en los mares y excluía, por medio de corsarios y agresiones contra el derecho de gentes, el pabellón de España del libre comercio de las naciones, y aun llevaba su osadía hasta apresar las naves mercantes neutrales en los puertos de la Península y en los de América. Con este objeto urdió una vasta intriga diplomática que tenía ramificaciones en San Petersburgo, Stokolmo, Constantinopla y en el propio París. Desgraciadamente para Alberoni, sus planes abortaron. Carlos XII de Suecia murió en el sitio de Frederickshall; una tormenta destruyó a la armada española cuando apenas había desembarcado trescientos hombres en Irlanda; el Czar de Rusia no movilizó su ejército, y uno de los conspiradores puso al Regente de Francia en conocimiento del complot que se tramaba para arrebatarle el poder. La mina que Alberoni había cuidadosamente preparado para cambiar la faz de Europa estalló prematuramente, matando al ingeniero. Las potencias coaligadas amenazaron a Felipe V con la guerra si inmediatamente no retiraba a su ministro; y para apoyar esta exigencia, dos ejércitos franceses se movieron contra Navarra y Cataluña. Ante esta cuádruple demanda cedió Felipe, y el 5 de Diciembre de 1719 firmó el decreto por medio del cual destituía y desterraba a Alberoni. Cuéntase que éste, al salir del reino, dijo a sus acompañantes: *España es un cadáver; yo he tratado de levantarla y no he podido; al retirarme yo, se volverá a tender en el sepulcro.*

Caído Alberoni, no por eso cesó Inglaterra en sus actos de hostilidad. El rey Jorge, que temía que la alianza de España con las naciones del Norte se

encaminaba a destronarlo, ordenó a sus escuadras que apresaran cuantas naves españolas se encontrasen, lo que dió margen a nuevos actos de piratería realizados en plena paz.

Airado Felipe V, declaró en 1727 abiertamente la guerra a la Gran Bretaña y puso sitio a Gibraltar. Intervinieron las potencias, y el 6 de Marzo de 1728 se firmó la paz, obligándose España a levantar el sitio, ya convertido en bloqueo, y restituyéndose mutuamente ambas naciones las presas efectuadas por sus escuadras. Por este Tratado obtuvo Inglaterra el permiso de efectuar en América el inmoral tráfico de negros que tanto codiciaba, y que sus agentes realizaban contra las ordenanzas reales.

En 1734 recobró Felipe V el reino de Nápoles, derrotando en Bitonto a los austriacos; pero teniendo en cuenta las dolorosas enseñanzas del pasado, no lo incorporó a la Monarquía, sino que adjudicó la corona a su hijo don Carlos y mantuvo intacta la nacionalidad de los napolitanos, que fué uno de los principios de la independencia de Italia.

En 1735 un poderoso ejército español se aproximó a la frontera de Portugal. Alarmada la corte de Lisboa, pidió protección a Inglaterra, y esta nación envió una escuadra numerosa que entró en la boca del Tajo en los primeros días de Junio para reanimar a los portugueses y recordar a España que su frontera con la Gran Bretaña principia en la raya de Portugal.

En 1738, negándose España a abolir de sus ordenanzas el derecho de visita que hasta entonces habían tenido las naves españolas sobre los buques extranjeros en los mares de América para impedir el contrabando, la Cámara de los Comunes inglesa pasó un *bill* que amenazaba con un próximo rompimiento, y la mayoría de la Cámara de los Lores

manifestó terminantemente que Inglaterra no podía sujetarse por más tiempo a esa humillación, e instó al gobierno a que declarase la guerra (1).

En 30 de Octubre de 1739 el Rey Jorge declaró abiertamente la guerra a España. Francia, en virtud de la alianza de las dos coronas, declaró a su vez la guerra a la Gran Bretaña. El almirante Vernon recibió orden de apoderarse de la flota española de Indias; pero las providencias del gobierno de Madrid burlaron sus designios, y la flota arribó segura a Santander. Cayó Vernon sobre la plaza de Portobelo y la arruinó; pero el producto del saqueo no compensó siquiera los gastos de la expedición. Los piratas berberiscos, instigados por los ingleses, acometieron la costa de Levante de España, arruinaron algunas poblaciones y lleváronse muchos cautivos. A su vez Inglaterra, cuyas colonias de América principiaban a florecer, sufrió las consecuencias de sus pasadas piraterías, pues los corsarios españoles y franceses le hicieron guerra a su comercio, y centenares de buques ricamente cargados pagaron las hazañas de Drake, Morgan y Cavendish. La escuadra de Vernon acometió a Cartagena de Indias y a Santiago de Cuba, pero fué rechazada. Más feliz el almirante Anson, penetró en el mar del sur, saqueó a Paita y se apoderó de un rico galeón procedente de Filipinas que se dirigía a Acapulco.

En 1743 los ingleses dirigieron dos expediciones combinadas por el Atlántico y el Pacífico para apo-

(1) Hoy los buques ingleses practican el derecho de visita en alta mar y en aguas del Estrecho sobre los barcos mercantes españoles, y el gobierno inglés, paladín del libre comercio cuando así conviene a sus intereses, realiza con las llamadas *listas negras* uno de los atentados más graves contra el derecho de gentes y el principio de humanidad.

derarse del Istmo de Panamá, cuya posesión mucho codiciaban, porque era la puerta de los riquísimos imperios del sur y del Grande Occidente. Es bien sabido que los ingenieros españoles, desde el reinado de Felipe II, habían estudiado la posibilidad de abrir un canal a través del Istmo para unir los dos océanos y aproximar (según los cálculos de antaño) los reinos de China y Japón y el imperio de la India a Europa, y aun se dictaron algunas reales órdenes para proceder a la apertura del Istmo de Panamá, el Darién o el río Desaguadero (San Juan) y el gran lago de Nicaragua. Los intentos de los ingleses se frustraron entonces; pero sus descendientes en América debían cumplir por medio de un acto de piratería semejante a los del viejo Hawkins esta parte del testamento del rey Jorge II.

El año siguiente (1744) se caracterizó por la brillante defensa que hicieron las tropas peninsulares, asistidas por las milicias indígenas de la ciudad de Cartagena, de la provincia de Nueva Granada, hoy República de Colombia. Una flota inglesa de más de sesenta naves, 15.000 marineros y 12.000 soldados se perdió completamente delante de esta ciudad, ocasionando este desastre la caída del ministro Walpole. No fueron más felices los ingleses en sus ataques a Caracas, La Guayra y Portobelo, de donde fueron rechazados con grandes pérdidas.

El breve reinado de Fernando VI fué muy beneficioso para España. Hombre pacífico y culto, amante más de las glorias sin resplandores ni resonancias que se adquieren en los campos de la industria, de la ciencia y de las artes, que de los laureles impuros bañados en sangre y lágrimas de las guerras de predominio o conquista, protegió la agricultura, fomentó la industria, la navegación y el comercio, enjugó la enorme deuda que pesaba sobre el erario,

levantó la hacienda, decretó sabias leyes, estableció jardines botánicos; abrió escuelas gratuitas de pintura, escultura, arquitectura y grabado; puso en mejor pie el ejército, construyó la formidable fortaleza de Figueras, y adelantándose cerca de dos siglos a sus contemporáneos, formó el proyecto de establecer en el reino el impuesto único. No acometió ninguna empresa belicosa; pero le tocó finalizar la guerra comenzada por su padre, firmándose a instancias suyas, en 1748, la paz de Aquisgrán en términos honrosos para España.

Le sucedió su hermano don Carlos, rey de Nápoles, quien deseoso de poner fin a la preponderancia inglesa, que amenazaba de cerca las colonias de América, suscribió el famoso tratado conocido en la Historia con el nombre de *pacto de familia*, en virtud del cual se consideraron España, Francia y las dos Sicilias como un reino solo. Se exigió a Inglaterra satisfacción sobre el derecho de pescar en el banco de Terranova, sobre las fortificaciones levantadas en Honduras y sobre el apresamiento de unos navíos que navegaban con bandera española. Inglaterra contestó declarando la guerra (2 Enero de 1762). Portugal se declaró por su antigua aliada. Los españoles invadieron este país por varios puntos y ocuparon una porción considerable del territorio portugués; pero los ingleses desembarcaron armas, municiones, dinero y un ejército, reanimando el abatido espíritu de los lusitanos. En tanto, las escuadras inglesas se echaban sobre las colonias españolas. El 7 de Julio hicieron un desembarco en la isla de Cuba y asaltaron la Habana por mar y por tierra. Don Luis Velasco con la guarnición, que era poco numerosa, se encerró en el Morro y realizó una heroica defensa. El 13 de Agosto, agotadas ya las municiones y los víveres y muerto el valero-

so Velasco, que sostenía el ánimo de los sitiados, se rindió la ciudad; pero los ingleses no pudieron ocupar más allá de sus goteras, a causa de los continuos ataques de las gentes del interior, que hostilizaban la plaza. Manila también cayó en poder del enemigo. En vista de estos desastres y de que Francia no auxiliaba a la España, a pesar del pacto de familia, Carlos III negoció la paz y obtuvo la devolución de aquellas ciudadades a cambio de la cesión de un vasto territorio al Oriente del Mississipi. En 1170 agriáronse de nuevo las relaciones con Inglaterra y Francia. Quejábbase la primera de que el virrey del Perú había arrojado a los súbditos ingleses de las islas Malvinas, lo que era verdad, habiendo aconsejado al virrey esta medida un admirable instinto de previsión, que no salió fallido andando el tiempo, pues los ingleses se apoderaron al fin de aquel archipiélago y lo incorporaron a su Imperio con el nombre de Falkland Islands. El gobierno de Madrid quejábbase, en cambio, de que agentes anglo-franceses fomentaban la insurrección en la Luisiana. Fué preciso revocar aquel acuerdo; pero tropas españolas desembarcaron y ocuparon de nuevo este último territorio.

El ministerio del conde de Floridablanca fué fructífero y glorioso para la España. Durante él concertóse la triple alianza con Francia y Holanda para poner coto a la tiranía marítima de los ingleses; se auxilió a los independientes de los Estados Unidos, que se habían pronunciado contra la Gran Bretaña; se arrojó a los ingleses de Penzácola y de Mobila y se reconquistó toda la Florida; limpiáronse de establecimientos británicos la costa de Campeche, la bahía de Honduras y la Mosquitia; recuperóse Menorca con la fortaleza de Mahón; y si se malogró la gigantesca empresa de invadir a Inglate-

rra, y no se pudo recuperar Gibraltar, que sufrió el asedio de una flota franco-española, en cambio, se quebrantó de manera tan terrible el poderío de aquella nación, que con justicia sus cronistas colocan este período entre los más funestos de su historia.

Las Memorias de Floridablanca, dirigidas al rey Carlos III, arrojan mucha luz sobre los sucesos de la España y las relaciones de las potencias en aquella época, y deberían estar siempre sobre la mesa de todo ministro u hombre de Estado español o hispano-americano (1).

El reinado de Carlos IV marca el período más bochornoso de la historia de España, no porque este príncipe fuese perverso o degenerado, sino por su excesiva bondad y su falta de tino en la dirección de los negocios en una de las épocas más agi-

(1) Merecen leerse con detenimiento los períodos que se refieren a las relaciones con Portugal (*) y con el imperio marroquí, a la proyectada inteligencia con Prusia (***) y a la liga de las potencias neutrales, conocida con el nombre de *neutralidad armada* (***), que revelan la sagacidad y previsión de aquel distinguido estadista.

(*) «Los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, el emperador Carlos V y su hijo Felipe II comprendieron cuánto importaba a las dos coronas la íntima unión y amistad de sus soberanos, y la cultivaron con la estrechez y buen suceso que todos saben. La España había llegado con aquellos príncipes al más alto grado de poder y de gloria que puede imaginarse, y esto debiera bastar para que los genios y políticos superficiales conociesen los aciertos de V. M. y de su gobierno en imitar y seguir el ejemplo de los tiempos más felices de la nación.»

(**) «Propuse a V. M. lo conveniente que sería contar con la amistad del gran Federico, rey de Prusia, y tratar de establecer embajadores o ministros recíprocamente en nuestra corte y la suya, lo que jamás se había efectuado, contra los principios de toda buena política. Aquel glorioso monarca entró en estas ideas de un modo tan decoroso, que pareció que él mismo lo había propuesto y solicitado...»

(***) «La regla conocida en los tratados de casi todas las naciones, de libertar el pabellón neutral o amigo de la confiscación de los bienes o mercaderías pertenecientes a enemigos, jamás había sido observada por la Marina inglesa, llevada de los principios altivos de su pretendida soberanía del mar, o fundada en las leyes particulares de su Almirantazgo», etc. (Memorias del Conde de Floridablanca, 10 de Octubre de 1788.)

tadas de la historia del mundo. Acababa de estallar la Revolución francesa, y un huracán barría los privilegios y jerarquías, arrancando las coronas de las sienes de los reyes y las mitras de las cabezas de los obispos, demoliendo, arrasando y destruyéndolo todo, malo o bueno, corrompido o puro, digno de oprobio o de adoración. La guillotina funcionaba en todas las poblaciones de Francia. La gran plaza de la Revolución era un lago de sangre; las cárceles estaban llenas de presos, entre ellos ancianos, mujeres y niños, que aguardaban la fúnebre carreta que debía conducirlos con las manos atadas a la espalda y el cuello desnudo al lugar del suplicio; turbas de descamisados blandiendo picas, sables y bayonetas y ostentando con orgullo sus harapos abrían las prisiones y asesinaban sin piedad a los cautivos; mujeres como Theroigne de Mericourt, desgñadas e insolentes, se imponían como jefes de la plebe, y bailaban la carmañola en torno del cadalso; las fronteras resonaban con aprestos bélicos; los tronos se desquiciaban; la más alta tribuna de Europa era el patíbulo, y el primer magistrado de la Francia era el verdugo.

Ejercía el poder, que habían ilustrado el conde de Aranda y el de Floridablanca, un joven temerario y ambicioso, sin más apoyo que el favor de la reina María Luisa ni más mérito que el cariño que supo inspirar al rey: Manuel Godoy, creado conde de Alcudia.

Godoy, ignorante de los inmensos recursos de Francia y de las fuerzas que le daba su exaltación patriótica y revolucionaria, entró en la liga de las potencias para restablecer a Luis XVI en el trono de aquella nación. El 7 de Marzo de 1793 la República francesa declaró la guerra a España, y acto seguido iniciáronse las hostilidades. La primera faz

de la campaña fué favorable a los españoles, cuyo general, Ricardos, entró en el Rosellón, se apoderó del castillo de Bellaguarda, derrotó a los franceses en Truillas, se hizo dueño de Mon-Luis, entró en Colliure y en Port Vendre y amagó a Perpignan; pero en 1794 cambió la situación. El general Moncey obligó a los españoles a recruzar el Vidasoa, y se apoderó de Fuenterrabía, San Sebastián y Tolosa, al tiempo que Dugomier y Perignon arrojaban del Ampurdán al conde de la Unión, que había sustituido a Ricardos en el mando del ejército, y se apoderaban de la inmensa fortaleza de Figueras. Carlos IV pidió la paz, y el 22 de Julio de 1795 se firmó en Basilea un Tratado mediante el cual Francia abandonaba las conquistas hechas al otro lado de los Pirineos, España cedía la parte que ocupaba de la isla de Santo Domingo y la corte de Madrid reconocía la República francesa. Celebráronse en todas partes fiestas magníficas por tan fausto motivo, y Carlos IV concedió a su valido el título de «Príncipe de la Paz».

A este Tratado no tardó en seguir el de San Ildefonso, concluído el 18 de Agosto de 1796, por el que se restablecía la antigua alianza de Francia y España, error político gravísimo que de nuevo ponía a la nación frente a Inglaterra, y debilidad vergonzosa que colocaba a los reyes de España fuera de la comunidad de los príncipes, y aun de la familia de Borbón, la cabeza de cuyo representante más alto acababa de rodar en el patíbulo. El 8 de Octubre, en virtud de esta alianza, España tuvo que declarar la guerra a Inglaterra. Desde este momento la corte de Madrid ya no fué más que la ejecutora sumisa de las disposiciones que emanaban de Francia; arruináronse el comercio y la agricultura, y en todo el país se alzó un clamor contra el ministro

que arrastraba la nación al abismo. La escuadra española fué derrotada en el cabo San Vicente; en cambio, fracasó la tentativa contra las islas Canarias, merced a la bizarra defensa de la guarnición. El mismo Nelson no pudo apoderarse del río San Juan y del gran lago de Nicaragua, y regresó a Jamaica muy enfermo y abatido, con menos de la quinta parte de las fuerzas que había empleado en esta empresa. Dióse a la vela en Cádiz una escuadra española para acompañar a otra francesa que no se atrevía a navegar sola, y habiendo atraído sobre sí fuerzas marítimas superiores, ambas escuadras se refugiaron, y quedaron bloqueadas en Brest.

Gobernaba la nación francesa, ya pasado el furor revolucionario, el general Bonaparte en calidad de Primer Cónsul. La prodigiosa campaña de Italia, al batalla de las Pirámides, el paso de los Alpes y la victoria de Marengo, hazañas eran éstas que presagiaban al primer capitán del siglo, y así no es de asombrar que la corte de Madrid se lisonjeara con la alianza del héroe y le ofrendara los recursos, la sangre y el honor de la infeliz España. Por unas millas de territorio que se añadieron al ducado de Parma, entregó Godoy la escuadra española refugiada en Brest. Luego, dócil a los mandatos de su amo, el «Príncipe de la Paz» envió un ejército contra Portugal y obligó a esta nación a someterse al Primer Cónsul, quien con la noticia de esta victoria, recibió de manos del embajador español las insignias de la Orden del Toisón de Oro. La paz de Amiens, de 25 de Marzo de 1802, devolvió a España la tranquilidad exterior, y entregóse con ardor a restablecer su comercio y su agricultura, arruinados. Pero Inglaterra no tardó en encender de nuevo la discordia en Europa, temerosa de los inmensos pre-

parativos que efectuaba el Emperador en el continente. Una escuadra inglesa, en plena paz, acometió a cuatro barcos españoles que regresaban cargados de dinero de las Indias, y capturó tres, no logrando hacer lo mismo con el cuarto porque su capitán, después de agotar las balas en desigual combate, hizo cargar los cañones con pesos fuertes, envió al enemigo con la muerte el objeto de su codicia, y voló el buque antes que rendirse, pereciendo con él la intrépida tripulación. Indignada España, le declaró la guerra a la Gran Bretaña el 12 de Diciembre de 1804.

Los episodios que siguieron a esta declaración, con los sucesos de la guerra de independencia española, harto conocidos son para que los reseñemos. Nadie ignora que en Trafalgar sucumbieron, con el inmortal Gravina y el valeroso Churruca, los restos de aquella marina que aferró sus áncoras en las playas del Nuevo Mundo y llevó en sus masteleros y baupreses el terror a la Inglaterra; que en virtud de un pacto solemne entró en España el ejército francés para cooperar con el español en la ocupación y conquista de Portugal; que el 19 de Noviembre invadió Junot este reino; el 28 la familia real portuguesa se embarcó para el Brasil, y al día siguiente ocupó a Lisboa el ejército franco-español; que los franceses se adueñaron por sorpresa y felonamente del castillo de Montjuich, en Barcelona, y de las plazas fuertes de la frontera; que Napoleón, una vez absorbió todos los recursos de la España y hubo enviado su ejército regular a sitiar a Dantzig, por medio de intrigas obligó en Bayona a Fernando VII y al anciano rey Carlos IV a abdicar en su favor, y cedió luego el trono de los Reyes Católicos a su hermano José, asegurándose de la persona del soberano legítimo de Valencey; que el me-

morable 2 de Mayo se sublevó el pueblo de Madrid y acometió a los franceses, mamelucos y polacos, batiéndose en la calle los manolos y chisperos con los soldados de Arcole y de las Pirámides; que Daoiz, Velarde y otros oficiales murieron heroicamente defendiendo el parque de Artillería; que Murat ordenó los terribles fusilamientos en masa de la Moncloa, que perpetuó en el lienzo la mano vengadora de Goya como un objeto de execración y de horror; que la noticia de los sucesos del 2 de Mayo, llevada por toda España en alas de la indignación y el coraje, despertó en todos los pechos el sentimiento de la dignidad nacional (1); que los somatenes catalanes derrotaron en el Bruch a los generales Schwartz y Chabran; que el general Castaños alcanzó en Bailén una gran victoria, y que los soldados de Napoleón, que hasta entonces habían paseado las águilas victoriosas por toda Europa, depositaron sus banderas deshonoradas a los pies de los humildes vencedores; que zaragozanos y gerundenses, renovando las hazañas de sus antepasados los saguntinos y numantinos, entregaron sólo al invasor un montón de escombros humeantes que señalaban el sitio donde habían estado sus hogares; que Napoleón vino a España y entró en Madrid, mas no logró domar a los valerosos patriotas, que sentían hervir en sus venas la sangre de los Viriatos, Cides, Pelayos, Berengueres y Guzmanes; que los ingleses y los españoles persiguieron a los franceses más allá de los Pirineos; que no en Rusia, ni en Alemania, ni en Austria fué vencido Bonaparte,

(1) «Los españoles en la guerra de Independencia —dijo Napoleón en Santa Elena— desdeñaron el interés para no ver más que la injuria, sublevándose sin tener fuerzas, y portándose en masa como un hombre de honor.»

sino en Zaragoza y Gerona, pues la bravura inquebrantable de Iberia, que había desafiado a Aníbal y resistido a Scipión, infundió valor a la abatida Europa y quebrantó las garras del águila, y que España, en suma, fué la tumba de Napoleón.

La guerra de independencia española repercutió en América, donde las provincias, que habían aprendido a gobernarse por sí solas, se apartaron de la obediencia de Fernando VII. En Buenos Aires y Montevideo las milicias americanas, al mando de don Santiago Liniers, habían rechazado dos tentativas de los ingleses de apoderarse de estas ricas colonias, y aquella fué la escuela en que aprendieron los patriotas a apreciar sus propias fuerzas y la debilidad de la madre patria. Casi simultáneamente dieron el grito de independencia Buenos Aires, la Nueva Granada y Nueva España. Siguióse una lucha encarnizada entre los patriotas, comandados en un principio por Miranda, O'Higgins e Hidalgo, y luego por el general Bolívar, que ganó las batallas de Carabobo y Junín; el gran Morelos, defensor de Cuautla; San Martín, que cruzó los Andes y venció en Chacabuco y Maipú; el mariscal Sucre, que alcanzó en Ayacucho la victoria más completa de toda la guerra; Guerrero, Matamoros, Allende y otros jefes, y los realistas dirigidos por el virrey Calleja, el general Osorio y el feroz Morillo, y auxiliados por los llaneros de Boves y los gauchos argentinos. Cuando las pasiones hayan exhalado su último vaho y se contemple por americanos y españoles con ojos serenos y sosegado corazón aquellos acontecimientos, unos y otros, al ensalzar a sus respectivas patrias y a sus bravos capitanes, convendrán en que estas guerras que determinaron la disolución de un vasto imperio, tuvieron exclusivamente el carácter de luchas intestinas, como las que

más tarde ensangrentaron el suelo de la Península y cubrieron de oprobio a nuestras jóvenes nacionalidades. Durante estas luchas, Inglaterra pagó a España con la misma moneda en que ésta giró contra su porvenir al auxiliar a los patriotas de los Estados Unidos, pues se apresuró a nombrar cónsules en las provincias sublevadas y favoreció a los jefes de los independientes. Preciso es reconocer que la independencia de ambas Américas, la sajona y la hispana, era un hecho fatal que tenía que efectuarse, aparte de los crímenes y errores imputados a los europeos, explicándose por el crecimiento de estas provincias, la distancia a que se encontraban de Europa, la diferencia de intereses y el natural anhelo de todos los pueblos, cuando han alcanzado cierto grado de desarrollo, de bastarse a si mismos y darse un gobierno propio. El triunfo de los realistas, la llegada del cuerpo de ejército que Riego sublevó en Cabezas de San Juan y el implantamiento de una política sabia y de una administración honrada, sólo hubieran conseguido prolongar por unos años más la dominación española en América.

En 1821, España no conservaba de sus extensas posesiones en el Nuevo Mundo más que las islas de Cuba y Puerto Rico. En 1665 el almirante Pern se había apoderado de Jamaica; en 1797 Inglaterra le arrebató la isla de Trinidad, y en 1807 los Estados Unidos invadieron la Florida y el débil gobierno de Madrid entró en negociaciones de venta.

La historia de España, desde esa fecha hasta el reinado de don Alfonso XII, nos ofrece el espectáculo de un navío viejo desvencijado, haciendo agua por innumerables averías: cuartelazos, pronunciamientos, asonadas, motines, complots, etc., llenan todo este período que apenas alcanzan a iluminar los reflejos de las victorias que alcanzó el ejército

expedicionario en Africa a las órdenes de los generales O'Donnell y Prim. Aun allí sufrió España los efectos del despotismo británico. El embajador inglés, Buchanan, exigió el 27 de Septiembre una declaración escrita del gobierno español de que no ocuparía a Tánger sino por breve tiempo y por una necesidad militar perentoria, devolviéndolo luego al emperador de Marruecos, porque la ocupación de esta plaza era contraria a la seguridad de Gibraltar. El gobierno español, con fecha 7 de Octubre, dió al inglés las seguridades que le pedía, y éste, en su nota de 15 de Octubre, añadió que «deseaba en extremo que no se realizase ningún cambio en el dominio de la costa del Estrecho». Las brillantes victorias de los Castillejos, de Tetuán y de Wad-Ras, si reanimaron el espíritu del pueblo, fueron de escasos resultados prácticos, porque Inglaterra, que había puesto su veto a la ocupación de Tánger, se opuso también a la cesión de Tetuán, malográndose así el fruto de aquellos triunfos y viéndose obligada España a contentarse con una indemnización de guerra de veinte millones de duros y unos centenares de metros cuadrados de territorio en que se amplió el campo de Ceuta. *Una guerra grande y una paz chica*; tal fué la opinión que el pueblo español se formó de esta campaña.

Durante el reinado de don Alfonso XII ocurrió un incidente que excitó vivamente los ánimos en España y en Francia. El rey, joven y con temperamento de soldado, profesaba una admiración sincera al ejército alemán, y deseoso de presenciar las grandes maniobras de otoño, anunció su visita a Berlín y a Viena. El 6 de Agosto de 1883 llegó a París de incógnito, y el 9 salió para Viena, vistiendo en la frontera el uniforme de coronel austriaco. Recibiósele espléndidamente, y de Viena se dirigió a Ham-

burgo, en cuya estación le esperaban el Emperador Guillermo, el príncipe Imperial, el rey de Sajonia, el príncipe de Gales, el príncipe Federico Carlos y un séquito lucidísimo. Asistió don Alfonso a las maniobras, y fué objeto de muchos agasajos, contándose entre los obsequios que se le hicieron uno que pareció de mala fe: el nombramiento de coronel honorario del regimiento de hulanos que estaba de guarnición en Estrasburgo. Una vez de regreso en París, al salir don Alfonso con su comitiva de la estación, una enorme multitud silbó y vociferó y se oyeron mueras a *le roi hulan*. En España, a pesar de las excusas diplomáticas que Grevy se apresuró a darle al rey en su alojamiento, la indignación fué general, y cuando don Alfonso regresó a Madrid fué objeto de una ovación delirante.

En 1898 se consumó la pérdida total de las colonias, jugando en este evento la sed de libertad de los patriotas cubanos, la imprevisión e intransigencia del gobierno español y la perfidia yankee. En la noche del 16 de Febrero voló en la bahía de la Habana el crucero acorazado *Maine*, de la marina de los Estados Unidos, y desde un principio se vió el deliberado propósito del gobierno de esta nación de atribuir el incidente a la explosión de una mina o a otro agente exterior. El 28 de Marzo, el embajador de los Estados Unidos exigió una suspensión de hostilidades en Cuba. El gobierno español acudió a los gobiernos de Europa, y en todas partes encontró la más glacial indiferencia. Chamberlain, alma del Gabinete inglés, en un discurso que pronunció en una reunión pública, llamó a España y a Turquía «naciones moribundas que se asen desesperadamente a la vida que se les escapa».

El 9 de Abril se autorizó al general Blanco para que concertara un armisticio con los insurrectos.

El 11 del mismo mes Mc. Kinley propuso a las Cámaras la guerra contra España; el 18 se le autorizó para declararla y el 21 se le entregaron pasaportes al ministro español en Washington. La guerra entre el coloso del Norte y la abatida y desangrada España, no pudo ser más breve: el 1.º de Mayo el almirante Dewey destruyó en la bahía de Manila una insignificante escuadra española, compuesta de barcos viejos, la mayoría sin blindaje y pésimamente armados; el 2 de Julio salió la escuadra del almirante Cervera de Santiago de Cuba y fué totalmente destruída por la incomparablemente más poderosa del almirante Sampson; el 16 de Julio capituló Santiago de Cuba, y el 12 de Agosto se entregó Manila a las fuerzas de Aguinaldo y Merry. El 4 de Agosto se pidió la paz, y el 10 de Octubre se firmó el Tratado de París, por el cual se reconoció la independencia de Cuba (con las restricciones contenidas en la enmienda Platt) y se cedieron las islas de Puerto Rico, Filipinas y Guam, la más grande de las Marianas, a los Estados Unidos. La bandera española, que había ondeado cerca de cuatro siglos en el Nuevo Mundo, regresó a la península en pos de un largo convoy de enfermos y mutilados, cubriendo los presuntos restos del descubridor.

Este desastre produjo en España un sentimiento de estupor. Al loco optimismo de los primeros días sucedió un apocamiento mortal, semejante al que acometió a don Quijote cuando, vencido por el de la Blanca Luna, pensó en dedicarse a la vida pastoril y componer églogas y elegías (1). España a los

(1) «Tan rápido y decisivo desastre produjo en España sensación de estupor. Aun los que se tenían por pesimistas no se figuraban que tan fácilmente hubiéramos podido ser vencidos. Como es propio de nuestro carácter meridional, la mayoría de las gentes pasó sin transición de las más locas

ojos de los españoles, era una nación enferma como Turquía, destinada a desaparecer de Europa; casi se le daba la razón a Chamberlain, y repetíase con resignación musulmana el evangelio de Joaquín Costa, según el cual, España si no quería perecer, debía *européizarse*, es decir, renegar de su pasado, no buscar la fuente de sus energías y el tesoro de sus enseñanzas en su propia historia, sino ir a remolque de Inglaterra y de Francia, como en realidad lo fué en Algeciras y en Cartagena, olvidando el testamento de Isabel la Católica y arrojando a las profundidades del Atlántico, con un gesto de despecho, el ancla que por primera vez aferró en las playas del Nuevo Mundo y que era la prenda de su unión con los pueblos libres de América.

Desde ese momento, el Africa realmente principió en los Pirineos... España no fué ya para América sino el verdugo cruel, el déspota ignorante y bárbaro que destruyó la civilización gloriosa de los aztecas en México y la de los incas en el Perú, para reemplazarla por el culto al oro y por el fanatismo religioso que tantas víctimas había hecho en Europa. Se estudió la historia en Duruy, en Deucoudray, en Lamartine, en Thiers, en Green, en Guizot, en Macaulay, plagados de errores y llenos de juicios apasionados respecto de la conquista y colonización de América, de las guerras de Flandes y de Italia, y en general, de todos los sucesos que conciernen a la España. En cambio, Francia e In-

ilusiones al no menos loco aplanamiento; antes de la derrota, los Estados Unidos era poca cosa para nosotros; después, nosotros no valíamos nada; éramos en el mundo un cero a la izquierda; lo mismo que nos habían pegado los yanquis hubieranlo hecho los portugueses o los andorranos. Y es que aquí no había nación, ni ejército, ni marina, ni pueblo, ni dinero, ni vergüenza, ni nada.» ANGEL SALCEDO RUIZ: *Historia de España, Anales contemporáneos*, pág. 855.

glaterra se presentaban como herederas de Grecia y Roma, como los paladines de la justicia y guardianes de la civilización de los pueblos occidentales. Por un espejismo muy natural, España cesó de ser la madre patria, para trocarse en una madrastra criminal y despótica, y en cambio, Francia asumió el carácter de hermana mayor y cabeza de la latinidad, y la que había dado leyes a Europa, la que con su propia sangre había amamantado a un mundo, se resignó a ocupar un puesto secundario en el hogar y en el corazón de sus hijas.

Mucho se ha hablado y escrito acerca de las causas de la decadencia de España, atribuyéndola algunos al fanatismo religioso, otros a la degeneración de la raza, y otro a la sucesión de soberanos imbéciles en el trono de Carlos I y de ignorantes validos en el gobierno que honró el cardenal Jiménez, sin parar mientes en que la exaltación religiosa de España nunca llegó a ser tan grave como la de Inglaterra, Francia y Alemania, donde anglicanos, hugonotes, calvinistas, católicos y luteranos cometieron crímenes nefandos; que el pueblo que dió a la Historia episodios tan grandiosamente trágicos como los de la defensa de Zaragoza y Gerona, no puede considerarse como degenerado, y que todas las naciones han sufrido los efectos desastrosos de los malos gobiernos, como Francia durante el largo reinado de Luis XV, quien entregó el gobierno a los favoritos de sus barraganas, y como Inglaterra bajo la denominación de los Stuardos. España, en cambio, se sustrajo a las guerras de religión, a los excesos del puritanismo inglés y a los horrores de la demagogia francesa.

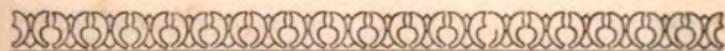
Las causas, debido a las cuales España decayó en el siglo XVII y en los siguientes, y perdió por último su carácter de potencia de primer orden, histó-

ricamente consideradas, son dos: la despoblación de la Península a consecuencia del descubrimiento de América y de la expulsión de los judíos y moriscos (1) y la constante enemiga de Inglaterra y de Francia, que aniquilaron las fuerzas de la nación en una lucha de tres siglos, como lo hemos extensamente demostrado.

España, en la época del descubrimiento, era uno de los reinos más populosos y ricos de Europa. El azar no dirigió los pasos de Colón a la corte de Castilla: como lo ha demostrado Prescott, ninguna otra nación hubiera podido realizar en aquella fecha la conquista y la colonización de América. Espanta pensar en el número de españoles que murieron en la empresa, ya víctimas de las flechas de los indígenas, ya de las enfermedades muy frecuentes en la zona tórrida, ya de las tormentas y las fatigas naturales de la guerra en climas mortíferos. Hoy mismo, con los medios de que dispone la civilización, la conquista de los trópicos ha costado y cuesta todos los años millares de vidas. Luego, para que América se poblase era necesario que España y Por-

(1) Según Mariana, el número de judíos que salieron solamente de Aragón y Castilla, en virtud del edicto de expulsión del rey Católico en 1492, se calculó en ochocientos mil. Posiblemente el número total de los que salieron de España y Portugal ascendió a un millón seiscientas mil almas, que se dispersaron por toda Europa, llevándose gran parte de la riqueza de la Península, «como oro, pedrería y otras presecas de mucho valor y estima». En Salónica y otras poblaciones de Levante existen muchos descendientes de aquellos judíos, que aún conservan el idioma y las costumbres de España. Con la expulsión de esta gente «tan provechosa y hacendada —como dice el Padre Mariana— y que sabe todas las veredas de llegar dinero», sufrió un rudo golpe el comercio español. El número de moriscos que salieron de la Península, en virtud del edicto del duque de Lerma de 1609, no se sabe de fijo, acaso ascendió a poco más de un millón.

tugal se despoblaran. Los cuarenta o cincuenta millones de americanos de sangre europea, más o menos pura, que pueblan el continente desde el río Bravo hasta la Patagonia, son descendientes de los conquistadores, es decir, población restada a la Península por el hecho del descubrimiento. La independencia de los pueblos ibero-americanos no detuvo la corriente emigratoria, que se engrosó con los años, dividiéndose en tres grandes brazos: uno que se dirige a Cuba y México, otro que toca en el Brasil, y el último y más caudaloso que desemboca en Buenos Aires. España ha realizado, pues, el milagro de vivir con las arterias rotas, y está enferma y abatida, no por sus culpas y errores, sino por la abundante hemorragia que sufre desde hace cuatro siglos. Sin embargo, su población aumenta, lentamente es cierto, pero este crecimiento pone de relieve la fecundidad y energía de la raza, contrastando con Francia que no nutre ninguna hija y que ha podido concentrar todas sus fuerzas en el desarrollo de sí propia, y cuyas estadísticas, sin embargo, acusan una alarmante disminución en la natalidad. España se desangra en beneficio de América, pero ve crecer al otro lado del Océano veinte nacionalidades robustas que han heredado su espíritu y poseen su lengua, y que a despecho de las razas rivales o enemigas continuarán desarrollándose en el mundo que Colón descubrió y libertó Bolívar, hasta que se cumpla el sueño de Rodó, «en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a este y aquel lado del mar, como dos enredaderas florecidas de una misma especie de flor que entonen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros».



ANTAGONISMO DE LAS RAZAS EN AMÉRICA

Preliminares.—Pretendida superioridad de los anglosajones.—La doctrina de Monroe.—Independencia y anexión de Texas a los Estados Unidos.—Invasión de México.—Walker en Centro América.—Pretensiones de Inglaterra sobre la Mosquitia.—Guerra hispano-americana.—El despojo de Colombia.—La revolución de Nicaragua.—El Tratado Chamorro.—Bryan.—El conflicto mejicano.—El atropello de los pueblos débiles.—Inteligencia anglo-franco-americana.—Conclusión.

La historia de América, en cierto modo, es la continuación de la historia de España.

En su infancia, nuestras nacionalidades atravesaron un período calamitoso: los piratas ingleses, franceses y holandeses saqueaban y destruían las pequeñas poblaciones que nuestros padres habían edificado a costa de inmensos sacrificios en aquellas selvas vírgenes en unión de los primitivos habitantes de la tierra, en quienes habían aprendido a ver hermanos de tez cobriza, pero de corazón noble y sencillo, y los atraían blandamente a la civilización, en vez de mirarlos como parias o ilotas de crueles y bárbaros instintos. Los primeros intentos

de colonización se vieron estorbados por aquellos hombres feroces, desatados como un azote maligno sobre la inocente América, y así crecieron entre sobresaltos y angustias las que debían ser con el tiempo naciones prósperas y libres. Nuestros antepasados, que más de una vez miraron sus hogares reducidos a pavesas y se vieron obligados para escapar al degüello a refugiarse con sus mujeres y sus hijos en lo más inaccesible de los montes, pronunciaban con más terror los nombres de Drake, Morgan y otros corsarios que los españoles peninsulares los de Barbarroja y Dragut.

El sistema colonial español adoleció de graves defectos; pero, en suma, fué mejor de lo que era de esperar en aquellos tiempos y en tan remotas regiones, como lo reconocen historiadores tan versados en la historia de la conquista y de la colonización como Prescott, Robertson y Washington Irving. Las leyes de Indias son un monumento que podría honrar la memoria de cualquier pueblo. No siempre estas leyes se cumplían, porque los virreyes por lo regular no reconocían más ordenanza que su arbitrio; pero allí están como expresión de un anhelo de mejoramiento y progreso, y para salvar el nombre de España y el del rey Felipe II de la nota de infamia que les ha otorgado una posteridad poco estudiosa y harto crédula en leyendas y consejos.

Es desgraciadamente cierto que la historia de la conquista está manchada por crímenes nefandos motivados por la sed de oro de los conquistadores, y por el poco escrúpulo con que, mirando más a su provecho que a su honra, guardaban la fe jurada; pues la mayoría de ellos era gente aventurera, soldados de fortuna, como Pizarro y Almagro, que, ávidos de oro y endurecidos en cien combates, se

embarcaban para el Nuevo Mundo en frágiles faluchos, y recostando la cabeza, tostada por los soles de Flandes y de Italia, en montones de cuerdas y de velas, se dormían soñando con imperios e inagotables riquezas; pero luego, pasado el codicioso ardor de los primeros tiempos, y desvanecidas muchas leyendas, se dirigieron a América los verdaderos colonizadores con sus mujeres e hijos, esto es, principió la peregrinación que trajo como consecuencia la despoblación de la Península y por ende el debilitamiento del tronco y la frondosidad del ramaje. Preciso es, sin embargo, reconocer que no siempre la codicia fué el móvil de las expediciones de los hispano-portugueses y que al natural deseo de allegar riquezas uníase un alto sentimiento de emulación, un noble afán de descubrir y conquistar tierras extrañas, de aumentar el brillo de la corona de los reyes, incrustándole piedras cada vez más preciosas, y la sed, por parte de los misioneros, de enriquecer con nuevas almas el rebaño innumerable de la Iglesia. Sólo en México y en Perú encontraron los conquistadores imperios florecientes con una civilización semejante a la de los caldeos, y la destruyeron para reemplazarla por la civilización europea, edificando sobre las ruinas de los teocallis y de los templos del Sol las augustas catedrales de la España medioeval; en el resto del Nuevo Mundo, los españoles no encontraron más que tribus de aborígenes sumidos en la mayor degradación y miseria a que puede llegar la especie humana. Con asombrosa actividad aquellos hombres rasgaron las entrañas de la selva virgen, construyeron con piedras medio labradas o con rústicos tablones pequeñas iglesias en torno de las cuales se agruparon unas cuantas chozas, y muchas veces un techo pajizo albergó la imagen del Crucificado; aprendieron